

Qué pasaría si tuviera que obedecer la sentencia absoluta del destino, si sus pasos, de ahora en más, estuvieran signados por el azar, si cada día fuera como un casillero y él se transformara en la ficha de un juego descomunal, que abaricara todo su mundo.

Sus ojos se movían, ahora, como moscas en un frasco, el corazón le prometía un estallido de emoción y de asombro. ¿Sería posible arremeter contra esa existencia que lo arrojaba siempre contra los rincones, al margen de sus propios deseos?

Se levantó con energía desbordante de la silla que ya formaba parte de su cuerpo, corrió por el pasillo hasta el cuarto del fondo donde guardaba pilas de papeles y objetos que jamás se atrevió a tirar a la basura. Revolvió dentro de una caja, escarbó como un perro en la tierra, hasta que extrajo del fondo un pedazo de madera, un cubo sin inscripciones como un dado despoblado.

Lo limpió con una de las mangas de su camisa, lo dejó sobre la mesa del comedor y corrió a la cocina para volver al poco tiempo con un manojo de cuchillos diferentes. En un estado total de exaltación, talló en la madera figuras que se le iban revelando, cada cara del dado se fue degradando en virtutas que saltaban sobre la mesa para dejar al descubierto seis pequeñas heridas.

Así quedaron expuestas las figuras de un pájaro, una mano, un ojo, una nariz, una oreja y una boca.

Se quedó un instante respirando torpemente, aquellos estigmas sobre las seis caras del dado se alejaban de su voluntad inicial para aparecer distantes, ajenos, como si otra mano los hubiera tallado.

Se levantó de su silla, dio algunos pasos cercanos a la mesa, no sabía cómo continuar, apoyó los puños sobre la madera mirando fijamente el cubo que había moldeado. Con un impulso repentino, corrió una vez más hasta la cocina, se detuvo frente al calendario y con furia quirúrgica arrancó la hoja de agosto.

Regresó al comedor, dispuso la hoja sobre el mantel cerca del dado.

Faltaba algo.

Con miga de pan, sus manos de improvisado artesano modelaron una figura de hombre, que finalmente se sostuvo de pie.

El dado, la hoja con los días dispuestos en cuadrados, y la figura del pequeño caminante era todo lo que necesitaba para quebrar la monotonía que lo mantenía atrapado.

En una hoja de papel amarillo que tenía al lado del teléfono anotó, por impulso más que por razón, seis acciones a seguir según la figura que saliera en el dado. Sintió un placer conmovedor, como si fuera por primera vez dueño de algo.